

EXPANDIR LA UNIVERSIDAD MÁS ALLÁ DE LA ENSEÑANZA REMOTA DE EMERGENCIA. IDEAS HACIA UN MODELO HÍBRIDO POST-PANDEMIA

Hugo Pardo Kuklinski y Cristóbal Cobo

Outliers School, 2020.

Durante años, los profesionales de la educación cuestionamos el sistema educativo tradicional, sin percibir que en la práctica diaria replicamos sus características. Quizá el temor habitual que nos causa el enfrentarnos a un cambio, incide en que no aparezca un cambio profundo en la educación, aun cuando sabemos que, desde hace tiempo, es una necesidad imperante. Sin duda alguna, la pandemia obligó a enfrentar estos miedos, permitiendo encontrar caminos distintos e incluso prácticas que han dado pauta a una transformación (un poco tardía) de cómo vivimos la educación.

El texto «Expandir la universidad más allá de la enseñanza remota de emergencia» parte de la reflexión sobre este tema, tomando como punto inicial el significado actual del proceso de enseñanza-aprendizaje, así como los actores que le dan vida, especialmente en educación superior. A partir de ello, inicia un recuento de los vertiginosos cambios suscitados desde el momento en que, por esta situación emergente, debieron tomarse medidas que permitieran que la educación, en sus diversas aristas, no se detuviera.

Paradójicamente, aunque las herramientas y los medios electrónicos han tenido una gran evolución en las últimas décadas, estos recursos no han sido lo suficientemente aprovechados en términos educativos; en ese sentido, el primer obstáculo fue la manera en que los profesores impartían clases, pues más allá de cambiar el escenario en el que se encontraban, debían emplear todos estos materiales para dar alcance a los fines de aprendizaje, con el mismo nivel que en años anteriores. Evidentemente, esto representó un reto, sobre todo al inicio, pues implicaba la capacitación docente, pero también el contar con la infraestructura tecnológica adecuada, para que todos los recursos cumplieran con su finalidad.

Por otro lado, se evidenció que la educación a distancia o en un modelo híbrido, implicaba crear asimismo un ambiente propicio. Pensamos que una buena presentación y un buen enlace a internet solucionaba todo; sin embargo, el proceso educativo –como ha quedado de manifiesto a lo largo de los años– es un proceso social e integral, por lo que es importante que en ese ambiente se apunte hacia una verdadera comunidad universitaria, aun en el espacio virtual. Esto genera un sentido de identidad y pertenencia, que redundará en un aliciente para construir el conocimiento, sobre todo de manera colectiva e interdisciplinaria. Sin duda, este ambiente permite diluir el constante confrontamiento entre la calidad de los servicios educativos presenciales y los efectuados por medios electrónicos, expandiendo la cobertura en educación y atendiendo también a diferentes dinámicas de aprendizaje.

Asimismo, los autores analizan la elaboración de recursos didácticos, uno de los aspectos más cuestionables de la educación tradicional; parecía bastar con un pizarrón para que el docente impartiera sus sesiones. Con la evolución a lo tecnológico, el docente debe ver más allá, diseñando materiales no solo atractivos para los estudiantes, sino que integren lo pedagógico, cognitivo y tecnológico, fomentando la construcción de experiencias significativas de aprendizaje.

De igual forma, deben incorporarse estrategias más adecuadas para los momentos de aprendizaje asíncrono, pues a pesar de que estos momentos se han considerado en el diseño curricular, cobra vital relevancia el dejar de utilizar las plataformas como meros repositorios. Durante este tiempo se ha visto la necesidad de hacer más atractivas las sesiones, para reforzar las competencias construidas, de modo que el proceso educativo no se limite a la mera repetición o proceso memorístico.

Este hilo conductor de transformación del proceso educativo, nos traslada indiscutiblemente a un cambio global; los mecanismos de evaluación deben modificarse para reflejar, verdaderamente, la impronta en cada fase del proceso y su alcance final. Ello debe ser, irremediablemente, punta de lanza para analizar nuevamente las prácticas y, en su caso, tomar las decisiones más apropiadas para su mejora constante. La evaluación puede aprovechar también la pauta tecnológica y la perspectiva informativa de los distintos actores, para proporcionar mayor sustento a las decisiones.

La lectura de este libro visibiliza las dificultades y abre simultáneamente el panorama a las posibilidades que pueden configurarse para la evolución educativa. No obstante, uno de los puntos nodales que aborda el texto es cómo se construye el aprendizaje, destacando lo alarmante del panorama actual, tanto en la individualidad como en la falta de vinculación con el entorno profesional; esta alarma se agudiza en un entorno virtual de aprendizaje. Con esta idea no se busca solamente evidenciar esta gran brecha existente entre la vida universitaria y el sector laboral; por el contrario, la intención es encontrar el camino que permita, que aun desde los entornos virtuales, se logre esa vinculación tan indispensable en términos de formación y de aplicación del conocimiento.

Uno de los mayores retos es precisamente encontrar el canal o los medios a través de los cuales incorporar la tecnología, sin generar una independencia entre los actores educativos; por el contrario, debe buscarse el impulsar esa interacción. Esto resulta controversial, pues incluso teniendo espacios físicos en las instituciones, era esta una barrera que debía atenderse: promocionar actividades que generaran lazos interdisciplinarios y consolidar la identidad propia de cada institución.

De esta forma, pensar en un entorno virtual de aprendizaje, implica crear condiciones para la interacción con los pares, adaptando el contenido educativo formal y especialmente,

en este tenor, adecuar las experiencias que dan sentido de pertenencia a la institución y contribuir al desarrollo de otro tipo de habilidades, como las llamadas *soft skills*. Estas resultan prioritarias en un entorno global: elevan el perfil profesional al dotar a los futuros egresados de herramientas que les permitan ser líderes que impulsen el cambio; que sepan afrontarlo con un alto sentido profesional y académico, así como adquirir la resiliencia necesaria ante un mundo en constante cambio. La experiencia social de aprendizaje puede ser posible, en tanto se considere la construcción de un espacio universitario completo, que ofrezca actividades extracurriculares de distintas áreas (física, psicológica, cultural, etcétera), formación continua y espacios de ocio para la convivencia y el *networking*.

Bajo esa perspectiva –en donde la parte emocional y de habilidades blandas tengan un peso igual de significativo que el conocimiento académico–, surge el cuestionamiento de la labor docente, otro de los temores que acarrea la incorporación de lo digital. Pareciera que entre más tecnología se agregue al proceso educativo, y mientras más se consoliden los lazos de interacción y construcción del aprendizaje del aula, se le resta valor a la función docente. Este punto debe tratarse con suma cautela; la labor docente y su *expertis*, son nodales para el logro eficaz de los fines de aprendizaje. Esta labor debe transformarse de manera paralela, para dar pauta a un nuevo modelo, en donde el rol docente sea más de tutor y acompañante en el proceso académico.

Todos estos puntos, poseen relación directa con el aspecto tecnológico. Al llevar a las instituciones educativas a un entorno virtual, deberá considerarse que si bien la tecnología brinda muchas soluciones –no solo en el entorno educativo–, también trae consigo algunas dificultades: una conexión inestable, por ejemplo, puede ser un factor que incida incluso en temas de deserción escolar. Así, deberá garantizarse que la infraestructura tecnológica cuente con las condiciones propicias para cumplir los resultados de aprendizaje; al menos la responsabilidad institucional será dotar de las facilidades, licencias y los recursos, para que el campus digital al que se aspira, cuente con las condiciones idóneas para una educación integral, promoviendo inclusive convenios económicos o becas, para mejorar la infraestructura tecnológica de los estudiantes. Se trata de velar por un equilibrio paralelo entre la inversión tecnológica y la formación de recursos que se empleen y administren correctamente, buscando que esta transformación cumpla con los altos estándares de calidad educativa.

En el texto, se alude asimismo al acceso a internet como un derecho, aspecto que se ha considerado no solo por parte de los autores, sino por expertos en educación a nivel internacional, precisamente porque posibilitaría el cumplir con el derecho a la educación, creando nuevas posibilidades. De otro modo, estos proyectos resultarán en privilegios para un único sector de la población; es decir, es real que se brindan las posibilidades de acceso, pero también es real que el acceso no es posible para quien no cuenta con las herramientas requeridas para ello.

Durante la pandemia, la educación ha vivido una transición veloz. Pasó de un primer momento en que se facilitó la computadora dentro del aula, a una formación digital que trasciende la mera mediación académica. Una educación en la que se han visto las carencias y necesidades de distintos entornos, pero también un momento educativo crucial pues, aunque eran inminentes las reformas en el sector educativo, la pandemia abrió una puerta primordial para atender el tema de la cobertura, e incluso incorporar con éxito las tecnologías de la información.

Esto conlleva grandes connotaciones didácticas. Deben redefinirse los papeles de los actores educativos, así como cada elemento que incide en el acto educativo: escenarios y entornos en los que se atiende a la evolución de la educación, integrando también las buenas prácticas generadas durante la pandemia, sin dejar de lado las características de flexibilidad y constante cambio. De igual forma, estos nuevos ambientes, deben pensarse no solo como un aula

específica, sino como espacios para la generación de aprendizajes informales, promoviendo así la construcción colaborativa.

No podemos considerar que este modelo es el único o el más adecuado para las condiciones en las que nos encontramos; puede ofrecer cobertura a ciertas necesidades y características, pero debemos considerar una constante evaluación que facilite un análisis permanente frente a las decisiones pedagógicas, respecto de la pertinencia de estas modalidades y escenarios educativos. Es solo de este modo que podremos garantizar que la educación posea perspectiva e inclusión y, así, atender a la educación en un mundo en constante cambio.

Desde una mirada pedagógica, este texto analiza estos cambios vertiginosos vividos en educación durante los últimos años, los cuales han sentado un precedente para la labor de los profesionales de la educación. Ha quedado evidente el rezago en el ámbito educativo y que debemos actuar proyectivamente y no solo ante la emergencia, pues si bien pudieron resolverse muchos temas de manera que la educación no se estancara, no podemos permanecer inertes ante la constante evolución de la sociedad y sus exigencias.

A partir de esta lectura, se reitera el compromiso indispensable para aprovechar la tecnología en los procesos educativos, desde una toma de decisiones reflexiva: más herramientas no garantizan el éxito; ellas son solo instrumentos. El impacto real de los proyectos educativos solo se alcanzará en la medida en que seamos conscientes de que el centro del acto didáctico debe ser el estudiante y que el proceso educativo requiere de una constante transformación, y de una permanente y pertinente revolución educativa, siempre de calidad. ■

Rocío Montañez López